Escritores
Ítalo Chilenos

Escritores
Ateneo San Bernardo

Escritores
Aguja Literaria

Escritores
Taller CM

CULTURA

Revista del Cementerio Metropolitano

Nº52

CULTURA

Revista del Cementerio Metropolitano

Director | Editor
Alfredo Gaete Briseño
agaeteb@gmail.com

Diseño Gráfico
Florencia Labbé Foncea

Jefe Informática
Pablo Álvarez Román

Casa Matriz
Av. José Prieto Vial
Nº 8521, Lo Espejo

Fotografía Portada
José G. Ortega Castro

Instagram
cultura.cm

Los temas y opiniones emitidos por
nuestros colaboradores y entrevistados son de
su exclusiva responsabilidad y no necesariamente
representan el pensamiento de la dirección
de Cementerio Metropolitano Ltda.

El editor se reserva el derecho de publicación.

Autorizamos a nuestros lectores para extraer
parcial o totalmente los textos citando la fuente.

Bienvenidos

Cementerio Metropolitano, fundado el 31 de Julio de 1964, se constituyó como el primer cementerio ecuménico privado en Chile. Considerado desde entonces como contemporáneo e innovador, está orientado a mejorar cada día su infraestructura y la calidad de sus servicios.

El camposanto está ligado a más de 80.000 familias, quienes se caracterizan por visitar regularmente a sus seres queridos en un espacio de encuentro, calma y seguridad. Construido sobre una extensión de 67 hectáreas, sus amplios jardines y arboledas invitan al encuentro y recogimiento en un entorno de paz y tranquilidad.

Nuestro camposanto cuenta con una urbanización moderna con avenidas, calles y pasillos que permiten un fácil acceso para el desplazamiento de sus visitantes.

Contacto

Horario de atención
Lunes a Domingo de 8:30 a 17:30
Mesa Central: (2) 2768 1100
WhatsApp: +569 3140 2209
Avda. José Joaquín Prieto Vial 8521, Lo Espejo
(Intersección Autopista Central y Vespucio Sur).

Somos

Somos un lugar de encuentro entre la familia, la memoria y los recuerdos de aquellos que han partido. La esencia de Cementerio Metropolitano es entregar apoyo, ayuda y compañía en todo momento a quienes enfretan la pérdidad de un ser querido, perpetuando su memoria y acogiendo a todos sus visitantes.

Excelencia

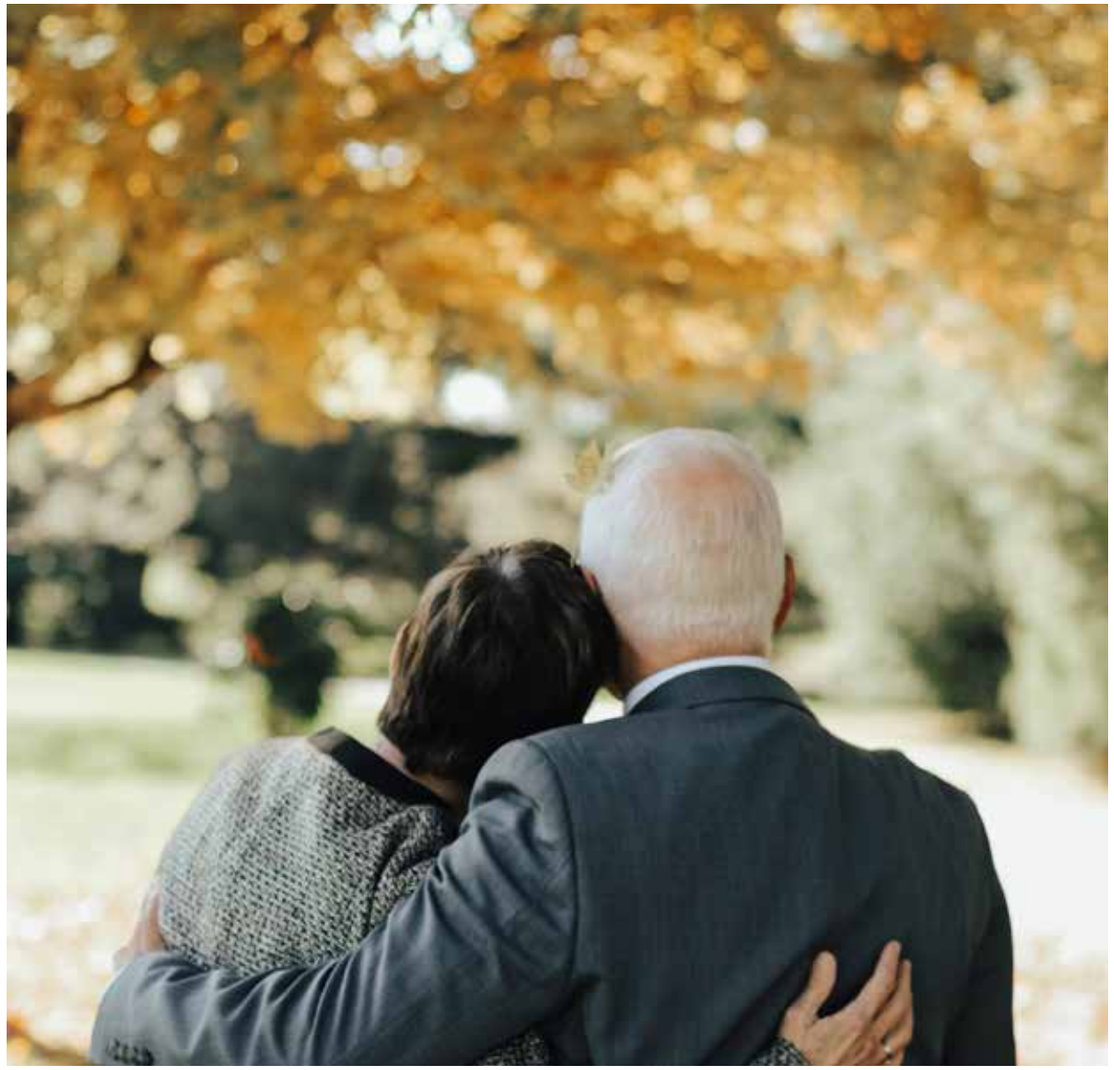
En la calidad de las actividades productivas de servicio y gestión, otorgando a nuestros clientes toda la tranquilidad que buscan.

Innovación

Promovemos el desarrollo de ideas en beneficio de la innovación y mejora constante de nuestros productos y servicios.

Responsabilidad Social

Contribuimos significativamente al desarrollo de la comunidad, el respeto a las normas sanitarias y la reglamentación vigente.



Conoce nuestras soluciones para el descanso eterno de tu familia

BÓVEDA | SEPULTURA EN TIERRA | NICHO PERPETUO

www.cmetropolitano.cl

Índice

08 **Escritores Ítalo Chilenos**

09 **Adiós a las campanas**
Por Renzo Rosso Heydel

10 **¡Queremos ir a tierra firme!**
Por Ana María Vieira

12 **Un amor tan extraño**
Por Clara Claudia Michel Masses

12 **Dilema**
Por Juan Antonio Massone

12 **Unión**
Por Maritza Gaioli

15 **Haikus**
Por Blanca Del Río Vergara

18 **Escritores Ateneo San Bernardo**

19 **Hace tiempo**
Por Nelly Salas

21 **Sobrevuelo**
Por Jennifer Lazcano

22 **Visiones**
Por Carol Wuay

24 **Árbol del desierto**
Por José Pedro Reyes Franzani

25 **Crisis vivencial**
Por Mirella Neira

26 **Quisiera**
Por Eugenia María Leyton Moya

27 **Mil años...**
Por Ruslán Gorielov Salas

28 **Elogio al árbol**
Por Arturo Gallardo

32 **Agencia Aguja Literaria**

33 **A medias**
Por Sergio Carvacho Galaz

34 **Desnuda eres, niña**
Por Francisco Valenzuela

35 **A Marina Tsvatáieva**
Por Marcela Silva Ramírez

36 **La timidez es producto de la imaginación**
Por Alfredo Gaete Briseño

38 **Voy y vuelvo**
Por Eva Morgado Flores

39 **Killing me softly with his song**
Por Alicia Medina Flores

42 **Escritores Taller Cementerio Metropolitano**

43 **Declaro**
Por Helena Herrera

44 **Remembranza**
Por Sonia Muñoz

46 **Nobles raíces**
Por Carmen Moya Leiva

42 **Libertad**
Por Rita De la Fuente

48 **Miguel Ángela**
Por Carla León Tapia

50 **Capítulo XXIII Memorias Elefantásticas**
Por Francisco Javier Alcalde Pereira

54 **Cultura En Digital**

57 **Roberto Edwards**
Entrevista Cultural

59 **Poesías del Metropolitano Vol 2.**

61 **Florencia Eluchans**
Entrevista Cultural

64 **Historias en verde**

Escritores Ítalo Chilenos

ESCULTURA **AUTOR DESCONOCIDO**

ESCRITORES

Renzo Rosso Heydel
Ana María Vieira
Clara Claudia Michel Masses
Juan Antonio Massone
Maritza Gaioli
Blanca Del Río Vergara

ADIÓS A LAS CAMPANAS

Hemingway
es la consumación
de los relatos.

Mucho más acá
de Cervantes
y sin contradecirlo
escribe,
se atreve
después de
Dostoyevsky
o
Tolstoy.

Hemingway
es la poesía
eterna
en la prosa
inexplicable
del afán
del artista.

Por Renzo Rosso Heydel

¡QUEREMOS IR A TIERRA FIRME!

Eran los muertos
más numerosos que los vivos
en la remota isla de Sajalin
Escombros aún los guardan
felices de no ser sobrevivientes

Fue de madrugada:
Dormían los pequeños y
el aire lloraba la ausencia:
destruida de las hojas

Cayó el fuego ennegrecido
en la punta norte de la isla
—¡Aún hay vivos ahí adentro!
(respiran los aires de su encierro)
—¡No más espanto ni agua circundante!
(masa sin hogar en alta furia)

En el lejano oriente ruso
la luna observa
—un poco envejecida—
el silencio que emerge de las ruinas
Es que ella sabe:
Los muertos serán siempre
más numerosos que los vivos.

Por Ana María Vieira

UN AMOR TAN EXTRAÑO

El amor que germina
florece en tus venas,
nace en helechos,
entre nardos y auroras.

Penetra y ahonda
se afiebran tus labios
y habita en tus venas,
como trópico cálido.

Ese amor entre tardes,
entre almohadas de césped,
en arenas vencidas,
que dibujan los cuerpos.

Ese amor tan extraño,
te quita el aliento,
separa los mares,
y altiva caminas
por crisálidas rojas.

Por Clara Claudia Michel Masses

DILEMA

Ahora, en cada esquina, un grifo seco,
y no termino de soportar estridencias
de sombras, cuando lagrimean semáforos
con estrés y bocinas enfermas de los nervios.

Sin hacerse notar, este día ha de irse largamente.
Acaba de pasar, y ya es olvido.

Pensar que nada de esto importaba demasiado.
No era otro el dilema:
Ir contigo adelante o escribir este poema.

Por Juan Antonio Massone

UNIÓN

Irrepetible el instante,
cuando tus ojos en los míos,
los míos en los tuyos.
Y en la conjunción de los
cuerpos
tiembla el universo.

Por Maritza Gaioli

HAIKUS

Un grillo muerto
bajo mis zapatos
¡Ay Dios! ¡Cómo cantaba!

***

Despierto sola
lenta pasa la noche.
Mi madre busco

***

Basho sin habla
Él: frente a la nada
Vida y muerte

***

Ya no me hablan
las flores del magnolio
Haijin ausente

***

Este invierno
Aullidos de perros
Congelan el alma

***

La primavera llega
ríen los pájaros
Esperanzas vuelan

Blanca Del Río Vergara
2021/2022
(Talle Mauricio Tolosa: Bienvenida primavera)

cementerio
METROPOLITANO

Escritores Ateneo San Bernardo

ESCRITORES

Nelly Salas
Jennifer Lazcano
Carol Wuay
José Pedro Reyes Franzani
Mirella Neira Rodríguez
Eugenia María Leyton Moya
Ruslán Gorielov Salas
Arturo Gallardo

ILUSTRACIÓN

Hendrick Goltzius

HACE TIEMPO

Hace tiempo penetraba por las llagas
de mis sandalias la lluvia del sur chileno.
Se me escurrió cual día grisáceo
por la noche galopante.
Hace tiempo me pertenecían los cerros
me abrazaba con los paltos
y jugaba a la ronda entre naranjos.
Hace tiempo extravié un ojo del océano
por la cuenca de un abedul
el otro lo llevo inerme
para que reviva mis quimeras.
Hace tiempo menté a la ardilla por conejo.
Se enfadó el lobo que rondaba en la nieve.
Hace tiempo reconocí a mi madre en la cara de la luna
que sigilosa se escurría a mis espaldas
quizás para no despertarme.
Hace tiempo inicié mi plática con la nieve y el tiempo
una lucha a destajo.

Por Nelly Salas
(del libro *Paloma Ensangrentada*, ediciones 2014)

SOBREVUELO

Por Jennifer Lazcano

Ningún ser consciente sabría jamás de mis deseos de mariposa. Hubiese querido volar, volar siempre. No estar en un lugar fijo. No ser quien soy. Me hubiese gustado alcanzar los sueños que construyeron mis padres en torno a una vida que ni ellos, con sus mejores deseos, consiguieron para mí.

El silencio acostumbrado de la vida no fue impedimento para soñar. Fue un descubrimiento temprano, nadie tuvo la necesidad de contarlo, nació una mañana en que él mismo comenzó a hablarme. Me habló de lugares con todos sus colores, formas y diversidad de sabores que, con todos los años que he vivido no he conseguido conocer con exactitud. Las personas que me presentó han sido un punto aparte, casi todas han paseado frente a mis ojos, existen dos o tres que no recuerdo y es que no debe tener importancia no recordarlas; con toda seguridad un día asomaron sus cabezas por la puerta de mi habitación y ahí mismo se las arrebaté. No porque fueran malas, pero seguramente su miedo me invadió de tal forma que la sugerente idea de mostrarles lo mejor de la vida, no la dejé pasar.

¿Dónde fueron a parar? No lo sé. Quizás llegaron a la cima de los Andes transformados en cóndores; o decidieron sumergirse en el agua y nadar contra corriente; o simplemente, decidieron convertirse en rocas, en trozos de materia para alcanzar la eternidad si es que el clima no les jugaba en contra como le ocurrió a los faraones y a sus esfinges.

En un sueño vi mis alas. Eran hermosas, más de lo que había imaginado. Volando me sorprendieron sus colores reflejados en el agua. A la hora justa tuve el privilegio de verlas cuando el sol ya había presentado su majestuosidad a todo el mundo. Existió un tiempo en que tenía por costumbre excluirme, pero en retribución por su olvido, el sol, ese día, reservó un instante de su tiempo para mí; al sumergirse no lo hizo ni como antes ni después; habiendo pasado por sus acostumbrados colores se detuvo justo entre su danza con el violeta y el segundo antes que la oscuridad lo alcanzara. Y contraria a la explicación de la física, su luz fue más hermosa que ninguna, límpida, sin interferencia, no justificada en razones, y que nadie consiguió documentar. Fue solo para mí y mis alas que descubrieron la delicadeza de sus trazos y su conexión con el universo.

VISIONES

Por Carol Wuay

Me miro las manos y otra vez las descubro extrañas, vaporosas. Quiero gritar cuando los dedos parecen diluirse ante mis ojos. Pero no puedo. Me aterra ver que es todo mi cuerpo el que sufre esas raras transformaciones. Incluso, al tenderme sobre la cama, ni siquiera siento el roce de sus frazadas. Según leí, son los delirios de la mente cuando se enferma. Me asusta la sola idea de consultar a un siquiatra. Pero el problema rebasa todos los límites. El asunto del desvanecimiento no es nada comparable cuando la insensibilidad la aqueja a una. Es terrible, porque en cierta ocasión metí las manos dentro del agua hirviendo y no sentí nada. Ni un solo dolor. Y eso que el agua burbujeaba de lo lindo. Entonces lo intenté con la estufa, la plancha y hasta con los troncos ardientes de la chimenea. El excesivo calor ni siquiera me producía una breve quemazón. Luego probé con otras cosas: afilados cuchillos dividieron mi piel en heridas que no sangraban. Era aterrador. En mi desesperación por provocar mi sensibilidad en los parámetros normales, traté de ahogarme: estuve sumergida en la tina más de media hora y no pasó nada. Por eso pienso que estoy enferma. Ya que no es normal que a una le sucedan tales cosas y todo a partir de un desmayo. Porque eso me ocurrió: resbalé en la cocina y me golpeé la cabeza. Desde entonces, la mente me juega estas malas pasadas.

Anoche, por ejemplo, me sentía tan mal que fui a despertar a Ricarda. Le hablé suavemente en el oído para no asustarla. Pero la muy tonta dio el tremendo grito cuando me vio; y ahora mi hermana no me habla. Me acusa de que la asusté, y mucho. En todo caso, no es mi culpa que a ella los ruiditos por la noche la atemoricen de ese modo.

Por eso a veces prefiero encerrarme en mi pieza y leer. Cualquier libro. Desde el escritor consagrado, hasta el poeta atorrante que aburre con poesía llorona e infantil. Así olvido lo que les ocurre a mis manos... a mi cabeza... a todos los miembros que les da por desaparecer.

Sin embargo, no es fácil. Y lo peor es que cuando estoy sola, encerrada en mi pieza, el problema recrudece. Ricarda no se interesa por lo que me sucede. Lo único que hace después de llegar del trabajo, es tenderse sobre la cama y dormir. No es que me moleste que duerma. Entiendo su cansancio. El exceso de trabajo convierte a mujeres y hombres en guiñapos soñolientos y agotados. Lo sé, ya que esa fue la excusa que utilicé cuando no quise continuar en la tienda. Decidí quedarme en casa, protegida de los malabares de la vida. Pero Ricarda no entendía mi punto de vista. Ella quería que yo saliera y buscara un nuevo trabajo. No obstante, cedió a mi habilidad en la cocina. En eso yo era mejor que ella. Y fue lo que me perjudicó, porque no volví a trabajar.

Ahora, que llega un nuevo día, me levanto de la cama y me miro las manos. Otra vez están diluyéndose, y evito el grito que quiero dar. No deseo reconocer que a lo mejor mi hermana tiene razón en que debo salir luego de aquí. Pero no puedo. Algo me paraliza e impide que dé un solo paso. Tal vez sea porque la vida exterior me atemoriza. Es por el encierro. El que llevo ya más de un año. ¡Y fue la casa la que me absorbió! Con la seguridad engañosa de sus cuatro paredes. Y ahora, en resultado a mis miedos, la locura llegó para quedarse. ¡Y mis pobres manos! ¡Mis pobres manos que desaparecen! ¡Una y otra vez!

Escucho a mi hermana hablando por teléfono. Entonces me inclino sobre la cama, con esa horrible sensación de ser absorbida por esta pesadilla. ¡Ya no lo soporto! ¡Huiré de aquí! ¡Buscaré algún trabajo para construirme un nuevo futuro! Porque aún soy joven y puedo lograrlo. ¡Adiós prisión! ¡No más paredes ni horribles visiones! Y, pensando con fuerza en lo último, es que voy a interrumpir a Ricarda. Del mismo modo en que lo hago siempre, en todas mis crisis.

Mi hermana suelta el teléfono cuando me ve y se tapa la cara con ambas manos.

“Ayúdame, por favor”, le suplico. Y Ricarda gime, llorosa.

—Ay, Juana, ¿cuándo te irás? Hace un año que moriste y aún te apareces —me responde, desesperada.

Al oírla me invade el desaliento, porque es la respuesta exacta a lo que siempre me sucede. ¡Y es que no puedo! ¡No puedo admitir que mis manos desaparecen porque soy un fantasma! Un fantasma que arrastra la desgracia de no aceptar su propia muerte. Enseguida subo al cuarto, muy lentamente, mientras mi hermana llora. Ambas sabemos que nunca me atreveré a dejar esta casa.

ÁRBOL DEL DESIERTO

Testigo derruido de silencio
En arena y niebla fecundado
Por huellas del tiempo herido
de ternura de aves olvidado.

Árbol del Desierto.

Vuelves al vientre de la pampa.
A tu ancestro calcinado
En polvo de infinito
En aserrín del tiempo
Surcando con alas quietas.

El Silencio.

(Chañar: Árbol nativo del desierto chileno, se ubica desde Copiapó al norte.)

Por José Pedro Reyes Franzani

CRISIS VIVENCIAL

Veo pasar mis horas, silenciosa,
Arropada en el otoño de mis días,
Siento el peso de la rutina diaria
En el trizado espacio que me habita.
Nos vestimos de incertidumbre,
Ante la tempestad que nos azota.
Las horas se acrecientan
En nebulosas y dolientes invernadas.
La soledad muerde las heridas
En un horizonte sin salida,
No avistamos la luz,
Me sacude un ansia de rebeldía
Por todo lo perdido
En este acontecer transido de miedos.
Agobios y desencuentros
Atenazan las almas
Con mudas interrogaciones
En alboradas penitentes.
Trampa oscura en espacios precarizados,
En desesperanza constante.
En esta acuciante realidad,
Llena de negros presagios,
Abismos de incertezas y desolación
Transitan en las mentes
En desbando y confusión.
Apocalípticos signos
Desafían al silencio
En el complejo pasar de los días.
Las caras enmascaradas,
Ajenas, impersonales
Ruedan por las calles desiertas.
Donde aterriza la nostalgia,
Ojos cuajados de interrogantes
Sobreviven al dolor,
De otra incierta mañana.
Las lágrimas van por dentro,
se ahogan en una falsa sonrisa,
sabiendo que hay todo un mundo afuera
que nos ha sido negado, que no vuelve.
El invierno ha invadido mi morada
En esta crisis que avanza solapada,
En el desmayo frío del ambiente
Amenazando el santuario de nuestra intimidad
Y nuestro tiempo.
Estacionada en mi mundo insular,
Ahogo mis palabras libertarias.
En este tráfago de sofocamiento
Donde el verso se muere
En las profundidades de la nada.

En esta creciente inquietud interior,
Mis versos reclaman libertad.
El entramado de la vida,
Nos lleva pensar que solo somos pasajeros,
En espera del último andén.
Remontando esta melancolía otoñal,
Cuando todo termine,
Mi alma y mis versos
Danzarán como pájaros libres
Entre las florituras de nuevas primaveras.

Por Mirella Neira
Del libro *Umbrales del Crepúsculo,*

QUISIERA

Quisiera ser una nube
que descarga su furia
en los sedientos páramos
agotando su desquiciada sed
en los desiertos ávidos
ahogando el desencanto
que calcina los bronces.

Quisiera ser brisa
y acariciar tu pelo,
calmar lo días
serenar los tiempos
amar en silencio.

Quisiera ser arco iris
irisando sus colores
en los ojos inocentes
de los niños del mundo.

Quisiera arrullarte
que no sientas miedo
que solo contemples
lo bueno pasado
Que no te perturben
las amenazas
del tiempo presente
que solo te lleguen
las esperanzas
de un mundo mejor
son tantas las cosas que quiero.

Por Eugenia María Leyton Moya

MIL AÑOS...

Mil pasos recorridos, como mil años, como mil días... ¿y qué importan si son segundos?

Si fueron los causantes de mil derrotas, y mil suspiros... ¿y qué importan si también fueron mil victorias?

Si ya no encuadras en consistencias, porque son mil sabores de crujientes grietas, que rompen, que absorben: daños, marcas del tiempo; ¡años... qué simple suenan! ¿Y qué importan? Si hoy sueñas a mil por hora, hasta perder de vista la realidad en que vives, en monótonas jornadas de obediencia asumida.

Pero tu voz insonora sigue diciendo que hay salida. Que volverás a vivir tus sueños; que volverás a hablar de amor; que tus acciones superarán las expectativas de tus propias capacidades, y tal vez mil etcéteras más...

Y qué importan...

si son mil ensoñaciones más que dominen mi cabeza en una realidad fracasada, si logré dejar mil palabras en la fortuna de mi idioma.

Sin verso ni presumida presencia, me gustaría saber de qué se jactan los sueños que vives... si solo veo que tu realidad te absorbe, y te mueves tan lento... que ya me imagino del “don” que padeces...

Viajar a mil años luz ... de donde perteneces.

Por Ruslán Gorielov Salas

ELOGIO AL ÁRBOL

Yo te canto arboleda
De la madre tierra
Forma y espacio original
De nuestras calles
Arquitectura natural
De la madre selva.
Arboleda del valle
Caballeros altivos
Catedrales góticas del bosque
Con corazones de pulpa.
Con los brazos abiertos
Nos entregan su fruto.
Nos protege su sombra
Sus legiones erguidas
Soldados del silencio
Con galardones verdes
De corteza, coraza
Con glóbulos de savia
Arboledas del valle
Que tembláis con el viento
Testigo de nuestros pasos
Y de todo nuestro aliento
Álamo acacio alerce
Ulmo, roble y raulí
Ciprés, eucaliptus, magnolio
Olivo, naranjo manzano
Palto, damasco, nogal
Así es nuestra sombra
Con diferentes nombres
Así es nuestro amigo
Con distinto apellido
Legiones altivas
Con galardones verdes
Haces guardia en las calles
Preservando el oxígeno
Yo te canto arboleda
Inmolada en el tiempo
Elaborada tu madera
Eres cómoda, mueble, asiento
Eres puerta en la sala
Eres barco en el puerto
En mi niñez; fuiste mi cuna
En el reposo, mi cama
En mis últimas horas
Te volverás sarcófago
Para guardar mis huesos
Si mi eternidad es larga.
Yo te canto madero
Inmolado en el tiempo
Yo le canto al alerce
Por lo erguido en el viento
Testigo de mis pasos y de mi aliento.

Por Arturo Gallardo

Agencia Aguja Literaria

ESCULTURA **EDWARD BERNTON**

ESCRITORES

Sergio Carvacho Galaz
Francisco Valenzuela
Marcela Silva Ramírez
Alfredo Gaete Briseño
Eva Morgado Flores
Alicia Medina Flores

A MEDIAS

Por Sergio Carvacho Galaz

Mi país está hecho a medias entre el océano y la tierra, a media altura está su cordillera, a media tinta pintado el cielo y su territorio que fue conquistado a medias para que su historia se escribiera también a medias entre Europa y unos criollos medio mestizos, entre lo español y lo mapuche, que se quedó a medias en una identidad entre lo dicho y lo hecho. Por eso la gente vive y habla a medias decidiendo medianamente su vida.

A mitad de su cronología, los de “medio pelo” buscaban un abolengo afrancesándose a medias “con sì con sa”. Luego fuimos comprados a medias por el *inglish* y se inventó el *cacht’ay* que se usa la mitad del tiempo para semi confirmar una verdad.

Mi país está escrito a medias con una revolución a medias y un riesgo medio en la medida de lo posible y medio. Así que el pan se hace a medias y se coge o se tira para empezar y terminar a medias entre el miedo y un amor siempre a medias. En el medio de la nación, vive la mitad de la gente medio negra y medio blanca, con una cultura también malamente media.

Yo estoy a medias entre tenerte y no tenerte conmigo mientras te escribo, pero ya he vivido la mitad en esta patria y media. La única certeza absoluta que me queda es que tengo alma para amarte la vida entera.

DESNUDA ERES, NIÑA

Desnuda eres, niña
durazno aterciopelado
antumbra y penumbra
mediodía en verano.

Desnuda eres, niña
playa sin pisada alguna
besada por el sol
acariciada por las olas.

"¿Cómo podré comprarte
beldad hecha lujuria?
¿Cómo podré pagarte
candidez hecha trata?".

Cómprame por siempre
no por una hora.
Con risas primero
y gemidos después.

Mi queso en oliva
mi charqui en miel;
tal vez sea tu sonrisa
tal vez sea tu voz,

niña, algo en mí provocas.

Por Francisco Valenzuela

A MARINA TSVATÁIEVA

A ti, Marina Tsvatáieva
te voy a despertar ahora
y hemos de respirar el mismo aire
celestial de las estrellas inmortales
con mi tornasol-mano te escribo.

Mujer, te busco en los versos
que se jodan los tiempos en su olvido
tú has de alcanzar conmigo el río Oka
has de mojar con su agua los jardines
las bellas flores de la ciudad de Tarusa
el perfume de la infancia coronará tus manos.

Mis pupilas: el sol radiante
entrando en tu casa de Rusia
el paraíso donde miro
las manos judías de poeta
y aunque no lo seas de raza
a las dos nos brota el amor
el arte mayor en su manantial puro.

Valentía:
maldices con tus versos emigrantes
a los arianos del fascismo hitleriano
el pensamiento alemán-nazi en pos de la guerra
desprecias los tanques de las divisiones panzer.

Resuelta te desenvuelves
arrancas de tu corazón
al Führer de la maldad.
¡De Hitler es la negrura del alma!
¡Negros son los verdugos de los judíos!

Tú, Marina, has venido a mi encuentro
dentro de un siglo tras el sol
y yo he ido al tuyo sin juzgarte.
Soy la mar que te bautiza de nuevo
con tu nombre de ola que viaja
maduro en la rueda de la espuma
por siempre tú Marina Tsvatáieva.

Qué más puedo decir esta tarde
exilia tu egoísmo al abismo del abismo
besa mi poema cuando llegue la noche
seré huésped en tu casa de Tarusa
les daré la gracia a todas las mujeres-poetas
y más allá de los huesos te amaré sin medida.

Por Marcela Silva Ramírez
Tomado de la obra "En el principio"
Aguja Literaria, agosto 2017
Primer lugar Poesía, II Concurso Literario
Cementerio Metropolitano 2017
Págs. 134 y 135
Obra completa: publicada en www.amazon.com

La timidez es producto de la imaginación

Por Alfredo Gaete Briseño

“Cada hombre tiene que inventar su camino”, escribió el filósofo francés Jean Paul Sartre en el siglo pasado. A quienes han avanzado en la lectura de este libro, no debiera sonar como algo nuevo.

En este proceso de cambio, entre los fantasmas que se agazapan a la espera de que abandonemos nuestra tarea de reforzar el carácter, también acecha el de la timidez. Uno más que pertenece al ladino conjunto de trampas que nos tendemos a nosotros mismos para hacernos creer en realidades que solo existen en la mente.

Otra vez estamos ante la importancia de desarrollar y fortalecer nuestro carácter, de manera que la presencia de quienes nos rodean no vulnere nuestra autoimagen ni melle nuestra autoestima.

La timidez, al igual que sucede con todos los fantasmas, como no es real, resulta inoficioso atacarla en forma directa. A medida que la asumimos como un problema, podemos tender puentes hacia el universo de los desafíos. Logramos erradicarla cuando reflexionamos sobre el disminuido nivel en que se encuentra nuestra autoestima y seguimos el hilo conductor hacia sus orígenes. Debemos revisar el estado de nuestro carácter, reconocer la necesidad de reforzarlo e iniciar un proceso de cambio para permitir la fluidez de Ser a través de nuestras inquietudes más profundas.

Entonces, la solución para eliminar la timidez no pasa por manejarla. Tampoco por asumir obligaciones inducidas por terceras personas para quedar expuestos a la carga psicológica de enfrentar a otros individuos. Hacer esto último solo funciona como una decisión propia, parte del proceso de crecimiento personal.

Todo lo que se hace por aniquilar a este pernicioso fantasma produce más penuria. El agredido se autoflagela encontrándose tonto e inútil, con la consecuente afirmación de su disminuida seguridad en sí mismo.

El individuo tímido se siente constantemente observado y desconfía de las demás personas. Por ello, teme a exponerse en público, cuya influencia ejerce gran poder sobre su necesidad de aprecio. De este modo, si no hace algo a nivel del carácter, su reducida autoestima hará crisis y se convertirá en un miedo crónico a obrar.

Mientras no entre en un proceso de cambio conducente a generar un carácter que le permita ser consecuente con sus inquietudes más profundas, creo que lo más conveniente obedece a activar nuestra paciencia para proveerle de aire psicológico, escuchándole y estableciendo canales de comunicación convenientes.

Tomado de la obra “Nuestras inquietudes más profundas”
Parte 12: Despleguemos nuestras alas y combatamos la inmovilidad
Pág. 273 y 274
Obra completa: publicada en www.amazon.com

Voy y vuelvo

Por Eva Morgado Flores

“Voy y vuelvo”: la mentira más grande del mundo. La escuché mientras el grupo reía ante aquella frase que se había convertido en una broma común, que todos conocían por lo frecuentemente usada en la historia de la humanidad.

¿Era graciosa la falacia de una despedida que dejaba atada la esperanza de un regreso? ¿Podía ser divertida la esperanza de parejas, hijos, amigos, ancianos esperando en el vacío de la incertidumbre? Ancianos a los que un día les dijeron: “¡Voy y vuelvo, madre!”. “¡Voy y vuelvo, padre!”, mientras las puertas de aquellos lugares se cerraban, siendo la última vez que verían la imagen de sus hijos alejándose. Parejas que quedaban esperando a quien jamás regresaría.

¡No era gracioso, no!; sin embargo, había soñado tantas veces pronunciarla. Voy y vuelvo, y huir lo más lejos que le fuera posible, donde las cadenas que la ataban a aquel hombre se rompieran y pudiera volar. Voy y vuelvo, y no regresar. Se lo diría gustosa, feliz de herir aquel corazón masculino que, aunque nunca la insultó, había herido su estima y su alma, descalificándola. Se lo merecía, claro, pero no aquellos hijos su partida.

La falacia permanecía sin ser pronunciada, la broma quedaba amarrada en su alma.

Un día él dijo: “¡Voy y no regresaré!”.

¡Qué honesta declaración! Tan sincera, que las cadenas se desintegraron y voló.

Él se fue y no volvió. Ella regresó a su vida y permaneció en su lugar. El “voy y vuelvo”, quedó como la frase que muchos seguirán pronunciando y en su vida no tendrá significado.

Killing me softly with his song

Por Alicia Medina Flores

Si alguien cree que estos cantos son sanos, permítame decirle que hay espinas que bailan dentro de la carne que, de los muros del corazón, cuelgan helechos negros con flores que sangran. Las notas que escapan de esta boca cenicienta desentierran muertos recientes, morados, descompuestos por gusanos inexistentes sobre la tierra. Estos cantos escarban vértebras rotas, los cajones con medias rojas, a ellas les guiña obsceno, sanguinolento. Si creías que aquí aparecería la belleza del geranio, te mintieron, no solo yo mentía, también las páginas amarillentas que frenéticas botan sus santos al fango, santos ultrajados por tanto rezo y margaritas rodeando su cuello. Los cantos son solo obscenidades oscilantes, circunvoluciones cerebrales por donde dan mil vueltas los correos ajenos. Frente, tras la ventana, el cristal permanece impávido ante este traje ditirámbico, con ojetes rotos y costuras de un azul marítimo. Dos de cinco botones fueron arrancados de cuajo por el deseo ese fatídico día quince, del mes venidero. El desnudo abierto de su boca subió excitado hasta el miedo que imperaba bajo la carne fértil, atrapándola, aplastándola, excitándola, como un caimán verde por los años moviéndose lento por el cuerpo, estrujando la saliva y el fluido que corría por los labios vaginales y misteriosos, como sus ojos a la llegada del temblor, del estallido, de la inundación.

Esto no es un canto, es el puto escondrijo del alma, un algo sin nombre, ni reverso, un escorpión comiendo dos lenguas maternas, un ombligo lactante, una furia, un gusano bajo la tierra, a oscuras, con las cortinas cerradas del todo.

Todo caracol que se precie de serlo cojea sin que lo veamos, le duele el cuarto de su espalda, su licuada estructura se aclara ante cada movimiento que acomete. Todo caracol que se precie de serlo nunca vuelve atrás, aunque los planetas se alineen y los ojos enrojezcan. Bajo su carcaza escapa el sueño de los muertos, ellos sin saber que su amo los abandonó, inician la fuga cuando la tarde les muestra el camino. Disfrazados de rumores, los sueños ascienden por la cadencia del silencio.

Esto es solo una astilla en medio del ojo, no un canto, un aullido sonoro de silencio, sin saber que allá afuera un equipo de música reproduce un *KILLING ME SOFLY WHIT HIS SONG* nostálgico, en cualquier día de antaño, cuando la sangre comenzó a llenar cavidades, engrosó las paredes y los pezones emergieron como estrellas fulgurantes bajo la blusa, todo se iluminó bajo la ropa, los poros castos de la infancia rompieron bolsa y brotaron, mojaron, aun sabiendo que la muñeca sin un ojo esperaba sentada sobre una silla apoyada al muro. En el cuarto sombrío caminó la noche con su testamento animal, con fórmulas en rojo, con detenciones mensuales y lloriqueos cuando la luna se volvía pequeña, inocente, pobre.

¿Cuándo podría ser un canto? Tal vez cuando las fibras enloquecieran bajo el titilar de las estrellas o ante la aparición de un animal en forma de roseta, con una historia sangrienta entre sus líneas, cuando al humo, quizás le dé por cantar que tres más tres son cinco y bajo el fuego reaparezcan los muertos recientes, arrepentidos de la vida en la cloaca o ese lápiz vacío de tinta que mira desde el olvido. Nada ya puede preciarse de ser un canto, excepto estas tres o cuatro líneas sin forma, donde no tengan cabida o mejor que se queden todos en rojo.

Ah, y que los salmos aprendidos de memoria se difuminen y se los trague un sonido rock, en cualquier noche que se presente y no exista. Hoy es *Wednesday*, tiempo de trastos y bastardos pensamientos, de rubicundos deseos que asoman por la cadera, tocan el ombligo y bajan por una línea oscura, se escurren y penetran, donde telarañas cubren los ojos de niños muertos, quizás quiero que sea un canto, uno bajito donde recite versos caucásicos, carnosos y boca agradable.

cementerio
METROPOLITANO

Escritores Taller Cementerio Metropolitano

FOTOGRAFÍA **FLORIAN KLAUER**

ESCRITORES

Helena Herrera
Sonia Muñoz
Carmen Moya Leiva
Rita De La Fuente
Carla León Tapia
Francisco Javier Alcalde Pereira

DECLARO

Harta de existir
amarrada a este suelo de traiciones
quiero evadir fuerzas brutales
de ciudades negras, de calles angustiadas,
de jaurías sin nombre.
Irracional o loca cuerda
pediré auxilio a las constelaciones
participaré del movimiento
de los astros, o contradictoria
giraré cabeza abajo
hasta desaparecer en el desagüe.

El desconcierto corroe mi estructura
derriba mis ideas, mi brazo en alto
marcha hacia adelante
detrás me siguen los que lloran.
El libro santo dijo:
“Los últimos serán los primeros”
y la profecía no se cumple.
La palabra guerra en la prima lección
del alfabeto, es maldición;
camina por la espalda,
el espejo copia imágenes difusas
que no podemos ver.
¡Una piedra lo trizó!

Por Helena Herrera

Remembranza

Por Sonia Muñoz

—Una sopita, vecina, es caldito de chancho para abrigar el cuerpo.

—No, gracias, no como cerdo.

—Qué raro, vecina, su papá siempre lo compraba en mi carnicería. ¡Tanto que le gustaba el fiambre de cabeza al finao!

Me quedé en silencio, ensimismada; frente a mí, el féretro, calentándose en mi pituitaria el olor a tocino que expelía el caldo. Las conversaciones de los deudos y parientes giraban en torno al difunto.

Al intrincado laberinto de mi memoria de largo plazo, llegó la imagen de una noche particular. El recuerdo se deslizó por momentos nítidos y en otros diluidos como la taza de café que mecánicamente llevaba a mi boca. En medio de lágrimas y risas, se entremezcló lo agridulce de la vida. Compartimos algunas evocaciones añejas, vividas en diferentes perspectivas o tal vez desde otra vereda que, por momentos, nos puso taciturnas.

—¿Te acuerdas de la noche de la cabeza de chancho? —dijo mi hermana mayor.

—No mucho —repliqué—, yo era la más chica.

Recordé que, por algún motivo circunstancial, no había luz eléctrica en la "casa", donde se abigarraba todo en una pieza de veintidós metros cuadrados, pero aunque parezca contradictorio, conservaba un orden de uso práctico en el que entonces, por alguna razón, yo no participaba (pasaba horas enteras fuera, mi mente infantil volaba tras un pájaro, una mariposa, las formas y el colorido de hojas y flores; tal conducta tenía un costo, sin que me importara realmente. La vida seguía un ritmo rápido.

Esa noche papá llegó más contento que de costumbre, mostrando ufano una gran cabeza de chancho que sacó de una bolsa. La puso en un plato en el centro de la pequeña mesa que dividía la pieza en dos a modo de comedor. Los recuerdos se arremolinan, atropellándose como retazos de género que se unen algo descosidos, desgarrados por el paso del tiempo. Qué tragicómica experiencia, ¡es tan corto el tiempo de la niñez; a veces la vida y sus demandas lo cortan de cuajo hiriendo la sensibilidad de un niño.

¿De dónde sacaba mi disgusto por la carne de cerdo? Mi abuelo paterno, al cual no conocí, fue carnicero. Papá replicaba sin mucho éxito su gusto culinario en casa y a medida que crecíamos se nos hacía menos tolerante. Aquella noche las velas alumbraban serpenteantes, a punto de apagarse por el viento que se filtraba por un techo sin cielo. En penumbra, junto a la botella de vino, papá comía con fruición. El licor hizo su efecto y cabeceando se durmió sentado a la mesa. Eran tiempos difíciles; la pobreza y los malos entendidos azuzaban los ánimos belicosos que al final recaían siempre sobre mi madre.

La lluvia se dejó caer copiosa durante dos días, el piso de tierra húmedo nos obligó a permanecer la mayor parte del tiempo arriba de la cama, durmiendo más de la cuenta o haciendo travesuras que siempre terminaban mal. Nos tranquilizaba, por momentos, observar a mamá hacer sus cosas, moviéndose como remolino o viendo las diversas formas que adquiría el vaho de la ropa húmeda alrededor de un brasero. La cabeza en cuestión, con rapidez fue quedando sin sus mejillas grasientas y, desde sus cuencas, sus ojos nos miraban dolientes.

Algunos recuerdos pierden su secuencia en mi memoria. La segunda noche mi madre casi no hablaba, ensimismada, lenta en sus movimientos. Como un elástico sus nervios se habían estirado al máximo; muda, actuaba en forma mecánica. La monotonía de la lluvia y el aburrimiento nos venció, haciéndonos dormir tempranamente. Pasadas unas horas despertamos sobresaltadas, un grito cortó la silenciosa noche, apresurados pasos se perdían alejándose. Iracundo, papá entró en la habitación vociferando:

—¿Dónde está la cabeza? ¡Búsquenla! —Con una mano golpeó la mesa, el plato estaba vacío. Nos levantamos de un salto con el alma en vilo, nos pasó una vela y salimos al patio. Mamá no la veía en ninguna parte. La lluvia se había ido, dejando un frío escarcha en el ambiente; la respiración se condensaba fantasmagórica a la luz de las velas. Para nuestra fortuna, mientras un gato salía huyendo, la encontramos cerca de un cajón de manzanas vacío, la limpiamos tan bien como pudimos, colocándola de nuevo en la mesa. Nos acostamos con la ropa puesta, tapados hasta las orejas, tiritando no solo de frío; el sueño nos venció lentamente escuchando el chirrido de sus dientes, mordiendo la carne con restos de barro.

Al despertar, todo volvió a la calma; mamá, preparando el desayuno, no tocó el tema. Papá dormía a pata suelta en medio de su hipo.

La noche del velorio se hizo corta con tantos recuerdos tragicómicos. Mientras cabeceaba, alguien me preguntó en la pieza contigua:

—¿Se sirve té con un sanguchito de chancho?

Algunos familiares y amigos comentaban lo buena persona que había sido mi padre y sus buenas acciones. No me cabe duda, para la exportación, todos los muertos han sido muy buenos y van derechito al cielo... Afortunadamente, tenemos una memoria selectiva.

NOBLES RAÍCES

Raíces, ocultas e ignoradas,
no adornas un cuadro
con tu forma enmarañada,
no inspiras una canción
de quien canta al amor,
a la noche o alborada...
Bajo un árbol frondoso,
recapacito, divago, concluyo:
Sustentas tantas vidas,
mereces mi regalo,
recibe mis versos
a modo de agua clara,
es mi desagravio.
Valoro tu función insigne
te nutres, eres fuerte,
das vida y apoyo
al tallo, tronco y cada rama.
Nunca duermes,
quieta, confundida,
quizás algo cansada...
Cual yugo natural,
la tierra te cobija
y permanecen abrazados
luchando con el viento,
o arrastre de las aguas,
pero siempre ganan la batalla.
Raíces milagrosas,
triste sería el planeta
sin bosques, hierbas o frutos,
privándonos del esplendor
de bellos y coloridos
jardines en flor.

Por Carmen Moya Leiva

LIBERTAD

Es para todo mortal
como un sueño...
¡Deseada!
Lejana cual horizonte
fría, inerte, inalcanzable;
para muchos indomable
silente, como una lágrima.

Por algunos, lisonjeada,
de los tiranos, el arma,
en las huestes, vitoreada,
en la soledad es calma.
En la bravura se ufana
y con salvas aclamada;
en los caminos se esconde
y entre banderas, se escapa.

En las manos del villano
fieramente es ultrajada,
su poderío acrecienta
con el poder de su espada.
En las manos del labriego,
su huella está ensangrentada;
en los pueblos; es la doncella
con que todo el mundo sueña
y lucha por alcanzarla.

En la brisa del camino,
entre los llanos dormidos
su perfume se desgrana,
y en su eterno caminar;
sin ropajes, descalza,
nos cobija entre sus alas
para sembrar esperanzas.

¡Libertad!
Ese grito que desgarra;
por los siglos de los siglos,
lo lleva el hombre en el alma.

Por Rita De la Fuente

Miguel Ángela (Historias Vírgenes)

Por Carla León Tapia

"La Mamita", le decía mi abuelita Elena a la Virgen María; tenía una en el patio de la casa, entre cajones de frutas que servían de macetas para un sinfín de flores aromáticas que ella misma cultivaba.

La abuela era una mujer devotísima, de misa diaria obligatoria de velo en la cabeza, y pertenecía a algo así como el fan club del cura párroco, al jet set católico apostólico romano.

Su casa olía a primera comunión perpetua, las insolentes azucenas tan virginales de aspecto y tan escandalosamente perfumadas repletaban la casa acompañando los múltiples retratos del patriarca de esta, el Bisabuelo, su padre, a quien las mujeres de la casa rendían culto ídem que a doña Mary.

Para mí, él era un señor de bigotín antiguo donde podía reconocer la nariz de la abuela, la oscura cabellera de mi papá, la mirada bonachona del Tío Pedro, los labios delgados de la Tía Lila, un mix de fragmentos familiares enmarcados en plata, en austero negro, detrás de un vidrio sobre la pared y en tamaño pequeño para el velador.

Creo que tenía como nueve años cuando por Quilpué se corría la voz de que la mismísima Virgen María se aparecía en un cerro de Villa Alemana y el emisario de su mensaje era un chico llamado Miguel Ángel. Era un suceso que ponía a la quinta región bajo la mirada de la opinión pública, en los noticiarios acartonados, un suceso bastante espectacular en las ciudades quitadas de bulla del interior; era como de repente tener un pastor de Fátima entre las filas y uno imaginaba al Papa aterrizando para que le dieran nuevas profecías.

Mi abuela me había prometido en una de sus visitas de fin de semana llevarme al cerro donde ocurría todo, las apariciones y milagros, pero las monjas del colegio nos habían advertido con quien ofrece un purgatorio largo y doloroso que la Santa Madre Iglesia no avalaba estas "apariciones" y por ende las visitas al lugar.

Es difícil cuando dos Madres mandan a los mismos hijos, pero parece que mi abuela había decidido que haría caso a la Madre de la Santa Madre y en forma sorprendente cayó en rebeldía desoyendo al párroco manda más que tanto idolatraba y a todo teólogo y demases expertos religiosos anti apariciones. No fue la única, porque existían curitas que también se habían puesto díscolos, ¡y era que no!, tanto tiempo métale predicando milagros y apariciones, y justo tenían la oportunidad de vivirlos, ¡y se iban a poner como los fariseos! Más encima se pusieron medio famosos y sus pequeñas iglesias se llenaban de creyentes en delirium tremens.

Así que ella planeó la peregrinación incluyéndome; no era que fuéramos tan compinches porque no teníamos una relación muy estrecha, yo era la hija del hijo y tenía una prima que era su favorita, obviamente la hija de la hija, o sea, "la nieta certificada", pero seguro en un acto que corrompía o comprometía el alma por desacato yo era mejor opción de compañía.

Por esos días, y como era costumbre, yo había caído en "arresto domiciliario" dictado por mi padre en castigo por algo como mirarlo feo, no querer comer algo o por respirar, y la peregrinación estaba programada para un día de semana, lo que implicaba faltar a clases, convirtiéndose ipso facto en premio contraviniendo por completo el castigo fatal.

¡He ahí el primer milagro!, la Santa Madre Elena interfirió por los pecadores y mi papá que no podía negarse ante tamaña petición levantó el castigo delante de mis ojos incrédulos, claro que también elevó la ceja con esa mirada que podía partirte en dos, clara oferta de un castigo peor.

Así que partimos, la abuela y yo, un día en tren hacía el cerro de Peñablanca o Villa Alemana (nunca supe dónde estaba exactamente, solo sé que no era Quilpué y eso era asunto de Capuletos y Montescos, así que daba igual). En el tren la abuela contaba de Vírgenes aparecidas, de milagros, de profecías, de lo que le habían contado las vecinas y otras tías del chico, cómo subía sobre un eucaliptus enclenque casi flotando, de las fotos que vio de las apariciones y de lo Santo que era Miguel Ángel, aunque yo le había escuchado a alguien que era más marihuano que santo, de todas formas era mucha información que me daba vueltas en la cabeza.

Al bajarse había que caminar su poco y uno se daba cuenta de que hartos iban para el mismo lado, al pie del cerro el gentío ya era mayúsculo, parecía como que estábamos metidas en la película de Zefirelli sobre Jesús, esa que aún pasan para semana santa y con menos fervor para Navidad, para no embarrar el negocio con la espiritualidad.

Subía la gente en romería, cargaban a sus enfermos e inválidos, iban muchas camillas improvisadas ya que el camino de tierra era torteado y entremedio se mezclaban vendedores de vírgenes, escapularios, crucecitas, fotos de Miguel Ángel, mientras atrás se escuchaba la letanía en chilensis: "pa la sed y el calor".

Una vez arriba, a mi corta edad, directamente proporcional con lo corto de mis piernas, se me hacía muy difícil ver el "escenario" que estaba en la punta del cerro, donde se desarrollaban los sucesos milagrosos. La gente, decía mi abuela, había construido una especie de corral para proteger a Miguel Ángel de las personas que se le abalanzaban histéricas para agarrar un santo trocito de él.

Cuando llegó a tomar su rol de médium celestial solo lo supe por las exclamaciones de la gente: "¡Ahí está!", y se emocionaban, y se escuchaban lloriqueos mientras yo miraba espaldas, nucas, y escuchaba el relato de mi abuela sobre qué ocurría delante.

Al pasar el rato las personas iban cayendo en éxtasis, empezaban a ver cosas en las nubes, señalaban, algunos se iban de rodillas, y yo que sí veía las nubes, por más que miraba con fe no lograba ver nada y observaba a mi abuela que también miraba el cielo entre los encajes grises de su velo como buscando una revelación.

Creo que mi abuela tampoco vio nada, pero nunca lo dijo; y yo, a esas alturas, estaba con la *choremia* instalada y ya no me interesaba ni la virgen ni Miguel Ángel; tantos años de educación católica, misa todos los domingos y la paciencia de los mes de María acumulados en el cuerpo, no habían servido de nada, simplemente no había sido elegida para ver; la otra gente veía de todo mientras mi devota abuela y yo estábamos bajo la maldición del rebaño desobediente.

Debo confesar mi aburrimiento y desilusión todo el resto de la jornada. Luego de concluir todo el asunto esperamos a que la gente se fuera y mi abuela se acercó al cerco altar y estiró su mano para llevarse un souvenir de tierra santa y unas hojitas del eucaliptus donde Miguel Ángel hacía equilibrismo.

Al bajar fui premiada con un Bate Bate que traía un monito lila y estaba full de moda por esos años, y souvenirs católicos varios; recuerdo un rosario fluorescente que alejó al cuco por años. Cuando llegamos a su casa, mi abuela sacó un cofre de peltre muy bonito y puso la tierra junto a las hojitas que había guardado en un pañuelo blanco que siempre llevaba bajo la manga, y amarró todo con una cinta verde dejándolo sobre su velador, luego prometió que ese cofre y su contenido serían míos algún día.

Cada vez que visitábamos a la abuela yo iba a echarle una miradita a mi herencia, ya que era la primera vez que tenía prometida una y aunque en mi interior no creyera nada del mote de la Virgen, sentía que ahí estaba toda mi historia con la abuela y obviamente no quería que me ganaran el quien vive hereditario.

Años después se supo que Miguel Ángel se había transformado en ella y ahora era pariente perdida de un Zahr de Rusia, y muchos pormenores truculentos, pero a pesar de todo el cofre permaneció hasta siempre sobre el velador de la abuela.

Cuando tenía quince años, mi abuela falleció y mi papá, al ir con mi tía a ordenar sus cosas, me preguntó si quería algún recuerdo de ella; recordé el cofre prometido, así mi abuela cumplía su promesa y yo me quedaba con esa pequeña porción de historia, el recuerdo de nuestra aventura. No todas las niñas pueden decir que a los quince años recibieron la tierra prometida.

CAPÍTULO XXIV

MEMORIAS ELEFANTÁSTICAS

Francisco Javier Alcalde Pereira

Tomado de la obra “Memorias Elefantásticas”.
Primera edición.
Aguja literaria, mayo 2016
Capítulo XXIV: págs. 101 a 104
(EN EL PRÓXIMO NÚMERO, LEA EL CAPÍTULO XXV)

Mis viajes más o menos abundantes han tenido como impronta particular lo insular: Isla de Pascua, Galápagos, Antillas Holandesas, Margarita, San Andrés, Cuba, etc., etc., cuál de todas más caliente y más trópico. Ello me resulta poco grato en general pero sus paisajes, exceptuando Pascua, en comunicación directa con el alma, hermosos como lo mejor de la vida misma o como los sueños de la vida. (Recuerdo haber soñado alguna vez con un paisaje que poseía colores que no existen en la naturaleza, más vivaces y más radiantes). De ese sueño pude obviamente colegir después que es posible soñar en colores, tema de discusión que alguna vez sostuve con alguien.

Me paso ahora de algún modo a discutir o a disentir más que parcialmente con la teluricidad aplicada a toda hora y en toda circunstancia (excepción hecha de los cuadros de amor en general y de la poesía de primera época) con Neruda: vi hace poco ese fenómeno colosal de Machu Picchu. Esas construcciones ciclópeas de la ciudadela semidesmayada, desmadejándose por los pináculos curvados y hasta casi los abismos que en guarnición de salvaje vegetación la rodean. No acabo de entender cómo puede no comprenderse o asirse a ese fenómeno, si no es a partir de los ojos evidentemente, decantando en alma pura. A la naturaleza enfervorizada de selva, de humedad y de color se la ingiere diremos, con los pálpitos del corazón, con la estética del sentimiento, el palpo de las manos y del cuerpo, la estética de la visión y en el caso mío, del sonido estrepitoso de la lluvia torrencial acompañando a la piedra monumental y al misterio. Vi mucho en Machu Picchu y en El Cuzco, su avanzada. Demasiado quizás, pero sobre todo vi la manifestación del hombre no en lucha con el hombre, excepción hecha de la confrontación de la conquista española que fue cruenta, injusta en mucha dimensión, bárbara y encarnizada, sino en lucha con los elementos y en acabado éxtasis de supervivencia y de elevación a sus dioses en el caso de los nativos y en particular el dios sol, el generador radiante de la vida, la fertilidad y los tiempos. No pudimos menos con Carmen y mi hijo Carlos Augusto, presente en esa revelación de la ciudad perdida de los Incas (él ya la había visitado) que extasiarnos ante el misterio y el poder de los constructores de aquello, quienes concluyeron en el orden de las horas del día y en las estaciones del año, merced a la observación no directa del sol por reverencia, sino del perfil de las montañas y las exacerbaciones de los vientos y de las lluvias, del frío y del calor, la noche y el día. Esa escenografía que se manifiesta como si quizás fuera el mayor teatro del mundo, no es interpretable solo en función del hombre en su lucha contra el hombre. Hay mucho más. La naturaleza fornida como un ejército interminable y colosal es parte primordial y se manifiesta ajena a la razón y ajena a los pájaros. Se manifiesta con voz propia y con su propio huracán. Los muros de piedra caprichosa y perfectamente ensamblada, a menudo con rostro de liquen, sí son impronta del hombre, misterioso o no, pero son obra humana casi inaccesible, casi inverosímil. Las canteras yacen por aquí y por allá. Hicieron germinar el basamento de esos muros, los que a fuerza de músculo, ingenio y piedra, se labraron perfilados al arbitrio de geometrías raras pero cuantificables, no sé si calificables.

Pasamos a través de puertas trapezoidales y por muchos lados vislumbramos el llamado del cóndor y la alusión a la muerte y su trascendencia, a partir de una “almada” condición de hombre. Traspusimos muros a punto de desmayarse producto en parte de siglos de empujante selva.

Hoy la selva reverbera más abajo, como casi coronando la montaña y coronando otras, muchas, probablemente innumerables que por todos lados están. Esa y otras próximas pero esa en particular contiene la ciudad del “nunca-jamás”, de la mitológica presencia de hombres y cóndores que hubo y que ya no están, o están en la presencia reverdecida del habitante de hoy.

Cuzco es el prolegómeno monacal, montañero y sinuoso que con su belleza asimismo pedruzca y clara, nos cautivó también de entrada y de despedida.

Se me antojó asimismo compararlo con Florencia sin su mármol de Carrara. Florencia sí sin mucho “pan de oro” ni de bronce como Cuzco. Cada una con su floración de arte en estallido permanente y con su historia de hombre creador y aguerrido, artista y taumaturgo.

Agrego a una observación de párrafos más atrás y en sintonía con la historia, que los pueblos que allí vivieron antes del español, tuvieron también sus improntas de guerra cruenta por dominio de tierra y potestades diversas. En fin: es el hombre, siempre el hombre que ambiciona, que agrede y que acomete empresas en procura de alguna suerte de verdad o de luz. Ello explicaría de manera importante la atalaya, la dureza de la piedra y la estratégica dimensión de los emplazamientos por doquier que se avistan.

En ocasión de la visita por Machu Picchu, la lluvia se desencadenó con caracteres horrísonos de tempestad y tormenta eléctrica como pocas veces he visto en mi vida. La piedra canteada recibía los embates del agua con silencio de liquen diverso. Fue muy notable observar el flujo de las aguas-lluvia a través de los acueductos tallados en losas de piedra, dispuestos en tiempo inmemorial por las laderas de la montaña y en los flancos de la ciudadela. ¡Qué ingeniería; qué arquitectura y qué arte!, todos deducidos a fuerza de necesidad y al fragor de la heroica supervivencia.

Todo es un misterio de muchas maneras. Por más que intentemos deducir a fuerza de observaciones, estudios y relaciones de antropológica secuencia y arqueología no podemos arribar del todo a una verdad incuestionable.

Quizás si el misterio constituya la mayor de las verdades en el entorno del hombre y desde siempre. El enigma de la vida de muchas maneras presente y detrás siempre Dios, al parecer.

cementerio
METROPOLITANO

Cultura en Digital

www.culturacm.cl

Música y literatura en el horizonte

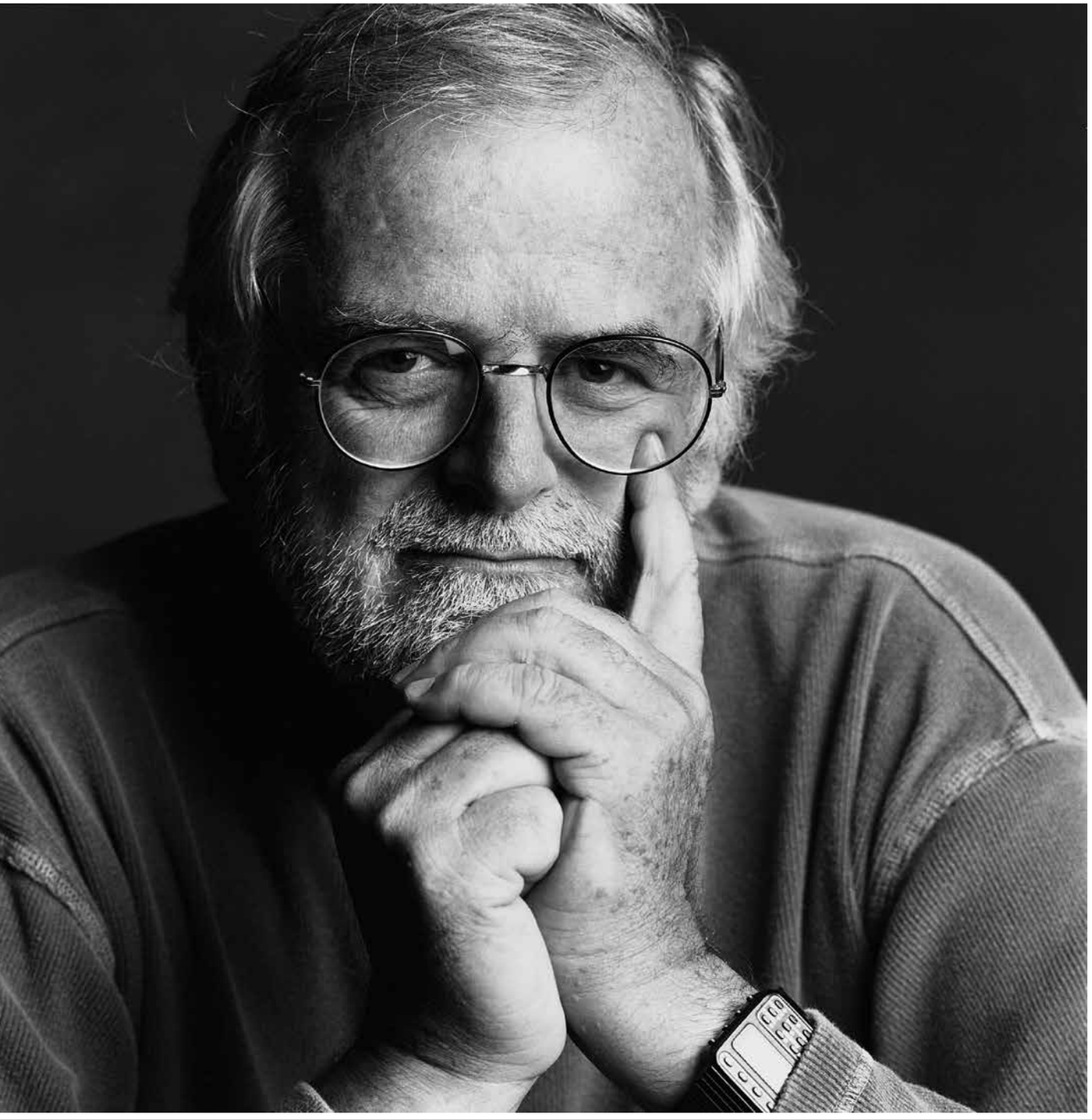
Se acerca fin de año y en Cementerio Metropolitano nos concentramos en nuestros grandes hitos culturales: los ganadores del Concurso Literario y los conciertos del Día de Todos los Santos, el próximo 31 de octubre y 1 de noviembre. Ambas fechas logran convocar a cerca de 20 mil personas que llegan para visitar el lugar de descanso de sus seres queridos. Nosotros, convencidos de que no existe otra disciplina tan poderosa como la música a la hora de acompañar nuestras emociones, ofreceremos dos conciertos bajo el nombre “De Bach a Coco”. Un repertorio que, como explica Jarec Rivera, director del Cuarteto de Cuerdas Nothofagus, “nos llama a escuchar con atención y llegar a lo profundo de nuestros recuerdos. Desde Bach, con su música reflexiva, hasta la banda sonora de Coco que representa los lazos con nuestros antepasados, manteniéndolos presentes en nuestras vidas. Tal como la música trasciende las generaciones”, sostiene.

También nos complace, en esta edición, anunciar a los ganadores en las categorías Novela y Poesía del reciente Concurso Literario Cementerio Metropolitano en su séptima versión junto a la agencia Aguja Literaria. Un certamen que reúne a las nuevas voces de la escritura nacional y que este año convocó a 249 postulantes que enviaron sus obras desde distintas ciudades del país.

La obra ganadora en Categoría Novela fue “A los pies de Neptuno”, de Daniela Olavarría, quien postuló desde Puerto Varas con una narración que, en sus palabras, se establece “como romántica con quiebres de temporalidad en el relato”. En la Categoría Poesía, en tanto, la obra ganadora fue “El cuerpo ausente”, de Sebastián Alvarado, quien desde Macul “genera una propuesta estética que le otorga voz a una desgarradura existencial”.

Con estas noticias que nos motivan a seguir adelante con nuestro plan cultural, los invitamos a que no se pierdan nuestros contenidos transformadores y reveladores: una íntima entrevista a la escritora Florencia Eluchans, un homenaje al fotógrafo Roberto Edwards y el testimonio de Urbano Quinteros, uno de nuestros jardineros insignia que refiere también al compromiso hídrico y medioambiental de Cementerio Metropolitano de cara al futuro.

¡Bienvenidos a estas páginas! Y si quieres ser parte de nuestra revista, escríbenos a nuestras cuentas de Instagram @c_metropolitano y @cultura.cl



Roberto Edwards en un retrato de Luis Poirot

El padre al otro lado de la cámara

Empresario, editor, cazador de talentos, mecenas y, por sobre todas las cosas, fotógrafo. Roberto Edwards, quien falleció el pasado 1 de julio a los 85 años, fue el fundador de Paula, la mítica revista que acompañó el cambio de la mujer hacia una nueva era. Aquí el relato de su hija Paula que también lo retrata con todas sus luces.

Por Alfredo López J.

Gran retratista, sus encuadres y ángulos lograron captar belleza femenina, paisaje y expresión humana. Un hombre que, más allá de su cámara, instó a muchos artistas a seguir un camino de vanguardia en un país que tímidamente comenzaba a mirar el mundo con nuevos ojos.

Su legado, sin duda, es eterno. Paula Edwards, una de sus hijas, lo confirma con estas palabras: “Mi papá siempre fue fan de la mujer y siempre tuvo una visión especial de ellas. Muy lejos de una visión machista... Un día un novio me dijo que le planchara algo en broma. Él casi se murió”.

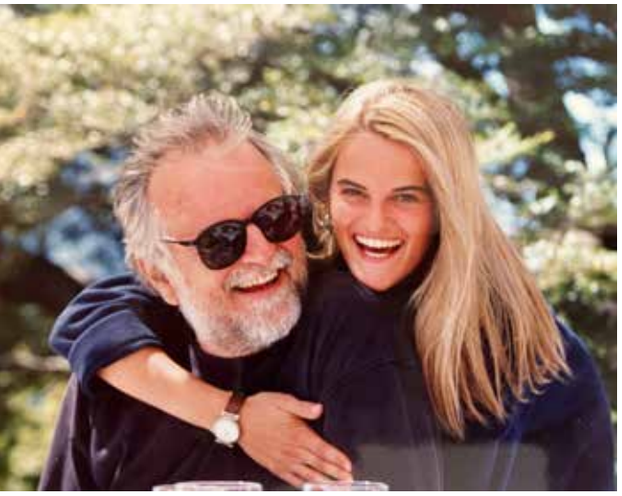
“Vivió mucho tiempo afuera y su imagen de la mujer era extraordinaria. Eran sus mejores amigas, casi sus cómplices. Por eso logró trabajar tan bien y por tanto tiempo al lado de ellas. Eso también tuvo que ver con su enorme capacidad para trabajar y hacer equipos compuestos fundamentalmente por mujeres, algo que además marcó su sentido del humor durante su vida”.

EL ORIGEN DE UN NOMBRE

Cuando a fines de los años ’60 comenzó con la idea de hacer una revista, Paula recuerda que quería levantar una publicación femenina que fuera un nuevo referente de opinión. “Un espacio innovador respecto a lo que era la época, con contenidos que fueran más allá de las recetas y los tejidos. Se entretuvo mucho haciendo esas páginas, le interesaban demasiado”.

Más que un negocio, era algo que sostenía su gran pasión editorial. “La forma en que nació el nombre de la revista fue muy curioso — prosigue—. Mi mamá estaba esperando guagua y pensaron que el mejor nombre era Paula si era niña. Pero nació mi hermano Roberto. Luego vine yo y paralelamente la revista. A las dos nos pusieron Paula. A mi mamá le encantó la idea desde su inicio”.

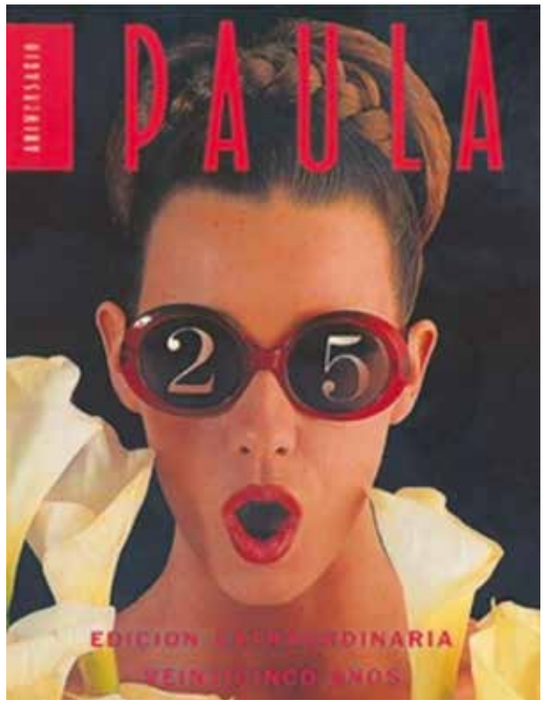
En esos tiempos, ella veía a su padre como un hombre enorme, contenedor y cercano. “A pesar de que siempre tenía mucho trabajo, no perdía tiempo en dar un buen consejo, siempre con mucha sensibilidad. De niña quiso que yo trabajara en todas las áreas de la revista. Empecé en el casino, después en las fotocopiadoras. Creía que mi hermano y yo debíamos aprender desde la experiencia. En un momento recuerdo que siempre estaba de chaqueta y corbata, en la época en que era dueño de editorial Lord Cochrane. Podía ser formal, pero nunca perdía esa cercanía con las personas”.



Roberto Edwards y su hija Paula

De la mítica serie *Cuerpos Pintados,* a principios de 1990

Con un equipo de trabajo en *Cuerpos Pintados*



Una portada icónica de revista *Paula*

PIONERO EN IDENTIDAD

Cuando Paula piensa en las portadas, en el diseño y en las fotos que hizo su padre, confirma que fue pionero de las tecnologías. “Estaba atento a los avances y sabía que se vendría la era digital, porque constantemente viajaba a China y Estados Unidos. Sobre su mirada estética, pienso que era el dueño de una visión muy natural y cero rebuscada. Puso temas de identidad en los contenidos, le dio valor a nuestro paisaje con las primeras producciones de moda que se hicieron en el norte con escenarios como Chiloé o los pueblos aimaras”.

Desde el otro lado de la cámara, su hija resume que su carisma no tenía competencia. “Lo recuerdo como padre cercano, cariñoso y muy empático. Sus palabras y consejos siguen muy presentes en cada uno de los días de mi vida. No pude haber tenido más suerte del papá que me tocó”.

Poesías del Metropolitano Vol 2.

Apoyando al arte y la cultura el nuevo proyecto musical "Poesías del Metropolitano Vol. 2", es una iniciativa cultural de Cementerio Metropolitano, dirigida a todos quienes aman la poesía; como el disco anterior, consiste en la musicalización de poemas —esta vez del ganador del IV Concurso Literario de Cementerio Metropolitano, Harold Durand—, con su libro *El edén, señora mía, nunca ha existido*. Este hablante lírico fue transformado en música, a cargo de los destacados artistas chilenos, Felo Foncea, Gustavo Figueroa, Mara Sedini, Daniel Donoso, Paloma Soto y Angelo Pierattini. Bajo la composición, arreglos, producción, guitarras, teclados, bajo, programaciones de Ivo Yopo y la masterización del reconocido Chalo González. El objetivo de este disco fue transformar una vez más el arte literario en música y darle otra voz, acompañándolo con profesionales del ritmo. Te invitamos a buscar “Poesías del Metropolitano Vol 2” en Spotify y escuchar todas las canciones. Para saber más del proyecto (artistas, videos, producción, letras, etc.), entra a la página web (www.cementeriometropolitano.cl/poesias), o puedes escanear el código QR que está más abajo y te llevará automáticamente al sitio.

Escucha en
Spotify Poesías del
Metropolitano Vol.2

Florencia Eluchans: "Siempre pongo los personajes en una encrucijada para ver cómo reaccionan"

La escritora en su última novela *Más allá de nuestros días*, aborda el conflicto de familia frente a situaciones límite, "¿Cuánto estamos dispuestos a hacer para salvar a nuestros hijos?", se pregunta.

Por Alfredo López J.

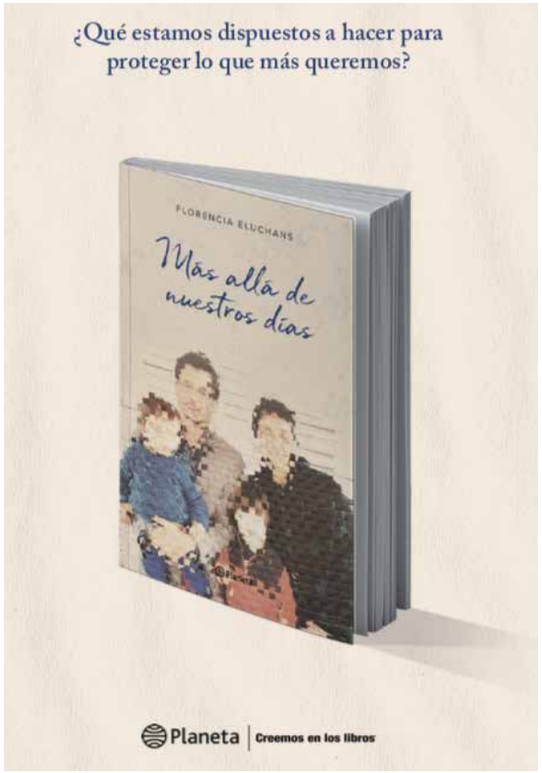
Los dilemas, aquellos que aparecen de manera fortuita o que se van construyendo como un inevitable encadenamiento de episodios, parecen ser el gran soporte de la estrategia narrativa de Florencia Eluchans (Santiago, 1981), quien en su última entrega se sitúa en la historia de un matrimonio que, en los bordes de los cincuenta años, debe enfrentar la caída de la imagen familiar.

Luego de una juventud complicada, Rafa, el hijo mayor, está haciendo un gran trabajo en el estudio familiar. Mientras que Santiago, el menor, estudia en Madrid un máster en Derecho Penal. Los recuerdos del pasado y las dos semanas en las que se desarrolla esta novela, develan secretos, miedos y traiciones. Con gran sutileza, la trama va navegando entre rituales cotidianos propios de cada familia, los cuestionamientos de la mediana edad, la amistad y la nostalgia de lo que no pudo ser. Una historia íntima y llena de matices que aborda, por ejemplo, cuánto estamos dispuestos a hacer para salvar a nuestros hijos, un matrimonio o nuestra profesión. Es cuando la vida nos pone en una situación límite.

Con un despegue inaudito, Florencia logró vender más de 10 mil ejemplares de su primera novela, *Esa vida que imaginamos*. Un libro que además obtuvo el Fondo de Creación Literaria 2016, otorgado por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Todo un hito para una escritora chilena que se formó en los talleres de Ana María Güiraldes y Pablo Azócar luego de licenciarse en Turismo en la Universidad SEK de Santiago y obtener un diplomado en marketing en la Universidad de Chicago. Una formación que le permitió trabajar por algunos años en el área comercial de Turismo Cocha Joven.

Usted comenzó escribiendo artículos de viaje y luego se encantó con la literatura, ¿Qué cosas de las crónicas de turismo quedaron en su estilo o en su manera de relatar una historia?

"Así fue efectivamente y recuerdo con mucho cariño esos artículos de viaje que me tocó escribir. Había algo en el proceso de investigación que me producía bastante fascinación y luego en la redacción del texto como paso siguiente, que también me



gustaba muchísimo. Esos textos eran escritos con una prosa más simple: un estilo más periodístico, pero con el mismo uso de puntuación, frase corta, pregunta intercalada que te dejaba pensando, final sorpresivo o reflexivo. Fue un primer gran ejercicio para soltar la mano. Recuerdo que me dio mucho pudor meterme a un taller literario. Al principio, no tenía aspiraciones de siquiera escribir una novela, me parecía algo enorme. El tiempo me dio la razón en la enormidad del trabajo, pero nunca imaginé el grado de satisfacción emocional que me daría".

Escribió esa primera novela justo en el proceso de ser madre de tres hijos, ¿se puede decir que ese momento marcó su estilo, su prosa, su forma de escribir de ahí en adelante?

"No creo que haya marcado mi estilo y mi prosa. Pero sí definió los temas que me interesan tratar. *Esa vida que imaginamos* trata, ante todo, de las relaciones humanas, de los vínculos familiares y de pareja y esos son los temas que me mueven, que me inspiran, que me alientan. *Más allá de nuestros días*, habla precisamente de la familia. Y la novela que escribo actualmente también se refiere a las relaciones de pareja. Me interesa el ser humano en su complejidad".

"Mi comienzo como adulta fue bastante complicado por cosas familiares y eso marcó mucho mi vida. Me la dividió en dos y he tenido que aprender a vivir con eso. La literatura, en ese sentido, me ha servido para sanarme".

¿Hasta qué punto las historias de su propia familia se reflejan en su obra? ¿Cómo lo biográfico atraviesa sus relatos?

"Bastante poco la verdad. Hay ciertos ambientes, lenguajes con los que me identifico, personajes en los que me inspiro, recuerdos que puedo rememorar y retratar de manera ficcionada. Pero como trama o argumento, hasta ahora, no he escrito nada biográfico. Hasta ahora, digo. Seguramente con los años es inevitable que las propias experiencias se nos vayan colando en la escritura y me parece que está bien que así sea. Escribir una novela, es un trabajo tan especial que se necesita una pulsión enorme. Mientras más vivida sea la emoción, el proceso se hace más interesante".

Ha dicho que tiene una vida feliz y que, después de escribir, se siente aún más feliz. ¿Qué le ha reportado el mundo de la literatura desde lo emocional?

"Tengo una vida muy feliz, llena de problemas y desafíos, como todas las vidas adultas. Pero me siento tranquila con quien soy y con las decisiones que he tomado. Tengo mucho amor alrededor y eso creo que, al final del día, es lo más importante para mí. El mundo de la literatura me ha abierto el corazón y la mente, sobre todo. Escribir es reflexionar. Es mirar. Es repasar, entender, aceptar, recordar. Y todo eso me resulta muy sanador en términos emocionales. Soy una mujer muy sensible y muy nostálgica. Tuve una infancia muy feliz, aunque mi comienzo como adulta fue bastante complicado por cosas familiares y eso marcó mucho mi vida. Me la dividió en dos y he tenido que aprender a vivir con eso. La literatura, en ese sentido, me ha servido para sanarme".

¿Cómo opera lo histórico o la documentación en su novela?, ¿dedica muchas horas a la investigación?

"Más que horas de investigación, lo primero es dar con un tema y un contexto interesante y eso requiere de bastante análisis. Tengo una hermana historiadora, quien me ha ayudado bastante en mi novela actual ambientada en la revuelta estudiantil de mayo del 68, en París. Un periodo de la historia fascinante y muy determinante para todo lo que ha pasado después. Esta novela ha requerido de investigación constante de lectura, películas, e incluso tuve la oportunidad de viajar a París a comienzos de año para visitar algunos barrios relevantes en ese momento histórico. En general, el proceso de investigación comienza antes de la escritura y continúa a lo largo de todo el proceso".

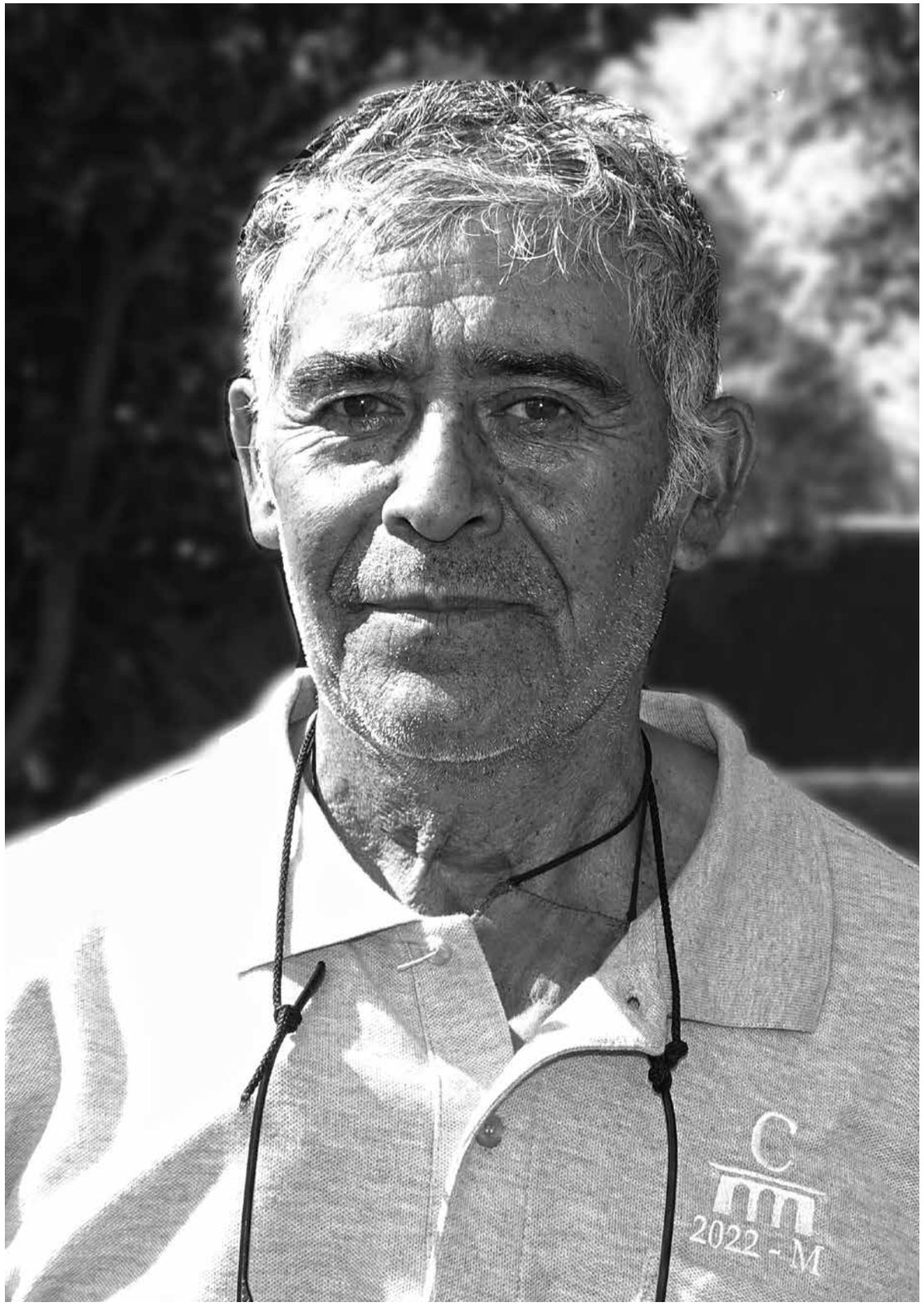
"Me interesa intentar comprender la mente humana y su comportamiento, lo digo con mucha humildad".

En su última novela, los acontecimientos pueden ser tan potentes que transforman la vida de los personajes. ¿Siente que es un mecanismo narrativo infalible a la hora de mostrar la vulnerabilidad humana?

"Pienso que sí, que mostramos quienes realmente somos en situaciones extremas y, por lo mismo, tiendo siempre a poner a los personajes en alguna encrucijada para ver cómo reaccionan. Y aquí está lo que a mí me resulta más interesante: los dilemas son precisamente dilemas porque no tienen una salida puntual o una solución clara. Cada uno reacciona de acuerdo a una inmensidad de factores que ni siquiera nosotros mismos somos conscientes de que existen, o de que los acarreamos hasta que nos pasan las cosas. Dos hermanos que crecieron en la misma casa, con los mismos padres, que compartieron la misma pieza, que miraron el mismo palto todas las mañanas, pueden tener una percepción de la vida tan distinta que puede llegar a ser escalofriante. Y eso es lo que me interesa. Intentar comprender la mente humana y su comportamiento, lo digo con mucha humildad.

Usted cayó de sorpresa en la literatura, ¿se arrepiente de no haber aterrizado antes en este dominio? ¿Qué cosas haría que, en algún momento, no hizo?

Sí, me arrepiento de no haber estudiado literatura, o de no haber leído más. Pero siempre uno cree que la lectura es insuficiente. Hubo períodos en los que leí muchísimo y otros en los que menos. Por otro lado, hice otras cosas que seguramente me ayudaron a llegar adonde estoy y eso me deja tranquila. Las cosas caen por su propio peso. No me gusta recriminarme más de lo debido, porque no tiene más sentido que hacerte sentir culpable. Al final lo importante es saber qué es lo que a uno le gusta y enfocarse. Eso hoy lo tengo clarísimo. Le dedico todas las horas del día que puedo a escribir y eso me emociona y me hace pensar. Una combinación para mí maravillosa.



Urbano Quinteros y sus 42 años de oficio.

Historias en verde

Camino a cumplir seis décadas, el Cementerio Metropolitano no solamente toma una postura responsable en el uso de los recursos hídricos frente a la sequía. Otra de sus misiones es mantener el trabajo de sus jardineros como un valor permanente, con ejemplos como el de Urbano Quinteros y sus 42 años de oficio.

Por Alfredo López J.

Desde que se implementó el calendario de riego en las sepulturas de dos a tres veces por semana, el ahorro de agua ha sido notable. Una medida que ha permitido que los recursos hídricos que se obtienen de las napas subterráneas —mediante profundos pozos distribuidos en 67 hectáreas de jardines, accesos y arboledas—, se conviertan en un bien de consumo controlado.

En primavera y verano, gracias a los deshielos cordilleranos, el Cementerio también se surte del canal Lo Valledor. De este modo, el agua potable solo es utilizada para consumo humano en servicios y oficinas. Un plan de eficiencia que, paralelamente, apuesta por la reforestación de algarrobos americanos, quillayes y árboles de liquidámbar: especies que mejor se adaptan al stress hídrico en la zona.

LA BOTÁNICA DE UN EQUIPO

Cada una de estas acciones son ejecutadas por un equipo de cinco jardineros de larga trayectoria, quienes mantienen una superficie aproximada de 25.000 metros cuadrados de prados, macizos florales, arbustos y árboles. Entre sus labores, además del control de aguas y riego, también está el corte del césped, la poda de rosas y el cuidado de todas las especies botánicas, algunas con más de cien años de vida.

Los responsables son Ismael Escalona y Jorge Zambrano, cada uno con 4 de servicio. Más ventaja tienen Hugo Bustos con 28 años y Marco Pérez con 34 años, mientras que Urbano Quinteros es quien sostiene el récord de 42 años en una función que cumple con alegría desde su primera etapa.

Recién había cumplido 21 años cuando dejó su natal comuna de Molina, en la Región de Maule, para radicarse en Santiago. Terminaba el año 1979 y, en busca de trabajo en la capital, era contratado por el área de excavaciones, sepulturas y traslados del Cementerio Metropolitano gracias a un dato que le dio uno de sus primos. Muy pronto pasaría a ser parte del equipo de jardineros.

Jorge Zambrano, Ismael Escalona y Urbano Quinteros.

El plan de reforestación del Cementerio apuesta por algarrobos americanos, quillayes y árboles de liquidámbar: especies que mejor se adaptan al stress hídrico en la zona.

EL JARDÍN DE URBANO

Han pasado 42 años y Urbano Quinteros es uno de los funcionarios más antiguos de la empresa. “Me gusta mi trabajo porque tiene mucha actividad y son pocos los momentos en que uno puede estar desocupado”, dice mientras se ocupa de tijeras podadoras y cortadoras de césped. En su día a día, también está a cargo de la mantención de plantas y árboles de ornamento.

En medio de 67 hectáreas, Urbano Quinteros agradece estos años de trabajo, “con los que he podido sacar adelante a mi familia”. Padre de cinco hijos, sostiene que le gustaría mantener su oficio por dos o tres años más hasta jubilarse. “Soy feliz en este enorme jardín, me gusta la poda, desmalezar y ver cómo crecen las flores. Además, por aquí también han pasado mis dos hijos varones, quienes han encontrado aquí sus fuentes laborales por un buen tiempo”, concluye.

cementerio METROPOLITANO

Concierto gratuito

“De Bach a Coco”

Interpretado por el Cuarteto de Cuerdas Nothofagus

Lunes 31 de octubre y Martes 1 de noviembre | **De 11:15 a 12:00 horas**

Misa martes 1 de noviembre 12:30 horas en nuestra capilla

Cabina fotográfica gratuita

Servicio de acercamiento para personas con movilidad reducida de 9 a 17 horas

Estacionamientos disponible por el costado de la Pérgola de las Flores, ingreso por caletera Av. A. Vespucio.

Ingreso en vehículo solo para personas con certificado de movilidad reducida otorgado por el Servicio de Registro Civil e Identificación de Chile.

PROGRAMA

1. Concierto Brandenburgo n°3 (1er movimiento) / *J. S. Bach*
2. Canon en Re Mayor / *Pachelbel*
3. Vals n°2 / *Shostakovich*
4. Aire en Sol Mayor / *J. S. Bach*
5. Vals de las flores / *Tchaikovsky*
6. Recuérdame / *Marco Antonio Solís*
7. Un poco loco / *Luis Ángel Gómez Jaramillo y Gael García Bernal*
8. La llorona / *Angélica Vale y Marco Antonio Solís*
9. El mundo es mi familia / *Marco Antonio Solís y Luis Ángel Gómez Jaramillo*
10. El latido de mi corazón / *Luis Ángel Gómez Jaramillo*
11. Suite Día de los muertos / *Michael Giacchino*
12. Dueto a través del tiempo / *Marco Antonio Solís*

www.cmetropolitano.cl c_metropolitano CementerioMetropolitano

cementerio
METROPOLITANO

CementerioMetropolitano

c_metropolitano

www.cmetropolitano.cl